

“Nación y cultura: la nación colombiana vista a través del Carnaval de Barranquilla” por Carlos De Oro, Universidad de Miami.

La asociación más común que hacemos con cualquier tipo de carnaval es la de su potencial para invertir el orden social, la de su capacidad para permitir que individuos provenientes de diferentes sectores se mezclen dentro de la festividad creada para permitir el contacto familiar entre todos sus participantes. Para muchos estudiosos del carnaval, Mijail Bajtin siendo uno de los más citados, el carnaval es visto como “una especie de liberación transitoria, más allá de la órbita de la concepción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes” (La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento). Tal manera de ver una festividad tan compleja como el carnaval es obviamente un acto simplificador de la misma. Necesitamos ir más allá de lo que parece o se presenta como un caos absoluto o como una licencia para la trasgresión.

Para empezar, debemos tener en cuenta que aunque hay características aplicables a todos los carnavales, cada uno de ellos funciona de manera diferente y responde a influencias socio-políticas y económicas muy específicas. Robert Stam plantea que “Todos los carnavales deben ser vistos como un cruce complejo de manipulación ideológica y deseo utópico. Como instancias situadas dentro de momentos históricos específicos e inevitablemente influenciadas por los arreglos jerárquicos de la vida social diaria (Subversive Pleasures, traducción mía)

El espacio del carnaval debe ser visto como uno lleno de contradicciones y paradojas. El carnaval no sólo reafirma lo popular, como argumenta Bajtin, sino que también representa una reafirmación del poder. Es una festividad políticamente activa que se convierte en campo de negociación de intereses provenientes de los diferentes

sectores que en él participan. Como propongo, el espacio del Carnaval de Barranquilla deja ver no una sino varias visiones o proyecciones de una nación colombiana. Esto como resultado de la inclusión de grupos pertenecientes al sector marginalizado de Colombia que entran a formar parte fundamental de la construcción imaginaria que producen los que ostentan el poder para imponer un relato de nación. Desde su marginalidad, los sujetos de este sector proponen diferentes maneras de ver la nación que surgen paralelas al nacionalismo hegemónico de carácter homogéneo y totalizante. Este nacionalismo totalizante, basado en su poder de llegar a una comunidad y de imponerse como una historia nacional, intenta englobar dentro de un discurso simbólico de falsa unidad las otras visiones de nación que se presentan como resistentes y que por lo tanto contribuyen al cuestionamiento del sueño completamente armónico.

Uno de los usos político-oficiales más interesantes del Carnaval de Barranquilla ha sido mostrarlo como una celebración que ha respondido simbólicamente a un contexto nacional de guerra. Desde principios del siglo XX, el Carnaval de Barranquilla ha sido utilizado por el sector dirigente como una manera simbólica de contrarrestar los efectos devastadores de conflictos armados internos. Como respuesta a la triste situación real ocasionada por la guerra de los Mil Días, los gobernantes locales decidieron iniciar la “Batalla de Flores,” desfile de nombre oximorónico cuya simbología tenía y tiene aún el objetivo de anteponerse a la muerte, la tristeza, el dolor y la separación causada por las guerras y en su lugar darle prioridad a la vida, la alegría y la convivencia pacífica.

Más recientemente, debido a las diferentes etapas de violencia que han afectado a Colombia, la idea de utilizar el Carnaval de Barranquilla como *locus* de paz en medio de la guerra y el sufrimiento ha tomado fuerza. Como es sabido, las personas que viven en

las áreas rurales del país han sido las más afectadas por la guerra. Muchos de los habitantes del campo han tenido que abandonar sus casas y lugares de trabajo para intentar buscar un destino más seguro en las ciudades. Barranquilla, como una de las ciudades principales de Colombia, recibe un gran número de desplazados por la violencia. Muchos de estos desplazados pueden encontrar en el Carnaval de Barranquilla una oportunidad de adaptarse positivamente a la sociedad.

La importancia del Carnaval de Barranquilla como evento que ayuda a la disminución de la violencia ha sido enfatizada por sus organizadores y miembros del gobierno colombiano quienes lo dibujan como un espacio que fortalece el tejido social y la convivencia pacífica. El contexto de guerra ha forzado un uso importante del espacio cultural como canal de transmisión de ideas políticas y sociales. La imagen de carnaval como espacio que simula el caos es acompañada por un uso de la celebración que promueve valores urgentes dentro de la sociedad colombiana. Esto da como resultado la situación paradójica de utilizar el ritual del carnaval- el lugar de autorización a la trasgresión- para formular un discurso de integración, orden, respeto y paz. El discurso oficial en torno al Carnaval de Barranquilla, ampliamente internalizado por numerosos miembros del sector no oficial, intenta contrarrestar la imagen predominantemente negativa en el mundo de una sociedad colombiana fragmentada y socialmente debilitada. Al hacerlo, se presenta como una alternativa paralela que promueve y constituye un arma ideológica, un modelo simbólico de oposición a la violencia y a la fragmentación.

Por otra parte, el Carnaval de Barranquilla está funcionando igualmente como un aparato ideológico estatal a través del cual se transmiten ideas en torno a una identidad nacional heterogénea pero armónica e integrada. Ante el discurso nacionalista oficial

totalizante se presenta una realidad que se resiste a una idea hegemónico-armónica de nación. Desde mi posición de etnógrafo y a través del discurso del oprimido, pude constatar que el Carnaval de Barranquilla se presenta como un espacio de negociación de varios sujetos y de varios nacionalismos en juego. Los diferentes discursos o sujetos que participan en el Carnaval de Barranquilla presentan, como plantea Hugo Achugar basado en su lectura de Stathis Gourgouris, “actualizaciones del trabajo del sueño inagotable de la nación” (Derechos de memoria). Estas actualizaciones del trabajo del sueño inagotable de la nación se presentan a menudo como contradictorias por lo cual, siguiendo a Gourgouris, no se puede abordar la nación como un texto ni se le puede simplificar a través de una exclusiva formación discursiva. “El énfasis debe cambiar de una nación – como-texto a una nación-como-sueño, lo que quiere decir que aquellos textos que portan la marca de la nación pueden en definitiva ser vistos como descripciones de los pensamientos del sueño de la nación, del trabajo de sueño de la nación” (Dream Nation, traducción del fragmento por Achugar). Ante una celebración tan compleja como el Carnaval de Barranquilla donde toman participación diferentes sujetos de diversos sectores, no podemos ver una sola visión específica de la nación. Cada uno de los sujetos o grupos de sujetos van a presentar diferentes maneras de concebirla, de soñarla.

El discurso oficial dominante, a través de su utilización del Carnaval de Barranquilla como seña de la identidad nacional colombiana, persigue dibujar esta celebración como un evento que incluye, iguala y mezcla a miembros tanto del sector hegemónico como del marginalizado. No obstante, los actores participantes pertenecientes en su mayoría al sector marginalizado son conscientes de su posición dentro del carnaval. Para muchos de ellos, el carnaval brinda una oportunidad pasajera de

escape a una realidad difícil pero no representa una completa reivindicación de su grupo o sector social. De hecho, el carnaval termina, en la mayoría de las instancias, reafirmando tanto diferencias como posiciones y construcciones sociales.

Aunque es cierto que el Carnaval de Barranquilla permite el encuentro de los diferentes grupos sociales, la mezcla social entre miembros de los distintos sectores no se da del todo. Sí es verdad que se origina un acercamiento entre los sectores hegemónico y marginado inusual durante el transcurso de la vida diaria, pero tal aproximación no significa o no conlleva a una mezcla absoluta de sectores sociales. La división social continúa por muy mínima que parezca. El Carnaval de Barranquilla posibilita dentro de algunos eventos el desplazamiento de individuos en espacios sociales diferentes a los que usualmente ocupan pero no conlleva a un rompimiento total de los espacios sociales ya que en el fondo los individuos son agrupados de acuerdo a las similitudes marcadas por sus profesiones, su poder adquisitivo, su etnia, sus relaciones sociales. Durante el carnaval, el espacio social continúa funcionando como un factor de diferenciación que marca posiciones distintas y coexistentes y que conlleva a la atribución de un determinado estatus social.

Por otra parte, el Carnaval de Barranquilla muestra algunas de las construcciones sociales y culturales en torno a la raza, la cual funciona como artefacto social de distinción basado en estereotipos provenientes de épocas ya pasadas que las sociedades actuales desean dejar atrás para terminar con la diferenciación y los prejuicios, pero que paradójicamente terminan, una y otra vez, (re)afirmando. El Carnaval de Barranquilla por un lado, reafirma las diferenciaciones raciales, como por ejemplo lo hace al designar una modalidad exclusiva para las danzas de Negros, y por el otro, alaba la fusión de las

mismas a través de un proceso de mestizaje, demostrando así que la raza se presenta como una categoría dinámica y móvil empleada a favor de los intereses particulares en juego. La raza marca una división y clasificación de grupos y de sus diferentes maneras de concebir la nación que la visión oficial dominante intenta cubrir a través del mestizaje. El mestizaje es utilizado como la condición ideal a la cual se quiere llegar por simbolizar la mezcla de razas, la aceptación de la pluralidad y heterogeneidad y el fin de las categorías y diferencias rígidas. El mestizaje, como plantea Jesús Martín-Barbero, también revela “el entrecruce entre la modernidad y los residuos de varios períodos culturales, la mezcla de estructuras sociales y sentimientos (De los medios a las mediaciones). Esta forma de ver el mestizaje permite entender la complejidad de los significados culturales que toman existencia en Latinoamérica; en el caso que ahora nos interesa, en el Carnaval de Barranquilla donde se juntan ritmos de vidas de culturas diferentes que son mutuamente excluyentes y que ocasionan sentimientos encontrados de unión y des-unión, de continuidad y ruptura que no permiten la consideración de la nación como una formación discursiva exclusiva.

Los grupos raciales minoritarios (indios y negros) forman parte esencial del concepto de la polis de la sociedad dominante a la vez que sugieren desde su marginalidad visiones resistentes al sueño hegemónico exclusivo de nación. Los grupos indígenas han sido los más ignorados dentro de la realidad de Colombia. Ellos conciben una nación diferente que les permita mantener y proteger su propia cultura, con una existencia positiva en la que se tengan en cuenta sus propios valores y su capacidad de un proceso dinámico de desarrollo. Su sueño de la nación no corresponde a un ideal occidental. Los grupos indígenas, como plantea Borrero García, “se resisten a que una

sola cultura, la liberal occidental, sea la protegida cuando las otras formas culturales siguen un camino hacia la autodestrucción” (Multiculturalismo y derechos indígenas). Hasta hoy en día, cada vez que están de por medio los intereses de la nación, los indígenas siguen siendo desplazados de sus territorios sin que haya un cumplimiento y seguimiento de las leyes y discursos diseñados para protegerlos. Los grupos indígenas continúan formando parte de la paradoja en torno a la unidad nacional, a la igualdad y al libre desarrollo de la personalidad. Muchas de sus costumbres, lenguas, cosmo-visiones resultan todavía desconocidos por una nación que los ve como síntoma de falta de desarrollo y educación.

De hecho, el Carnaval de Barranquilla agrupa la mayoría de las representaciones indígenas dentro de la categoría de “Danzas especiales.” Las danzas de este grupo se consideran “especiales” en el sentido que defienden tradiciones populares, especialmente relacionadas tanto con la cosmo-visión indígena como con sus tradiciones y situación en diferentes épocas. Al indígena se le da un carácter de “especial,” idea recurrente desde la época colonial cuando los miembros de la iglesia los veían como sujetos a los cuales había que cristianizar, educar y salvar del demonio. La denominación de “especial” se aplica al carácter marginalizado de los indígenas mas no de los negros. Se le da el carácter de “especial” por ser un grupo cuyas manifestaciones culturales corren gran peligro de extinción en medio de la cultura occidental capitalista dominante. Lo paradójico de esta modalidad es el proyecto incluyente que persigue a través de la utilización de un nombre que connota y enfatiza la división y la diferenciación. Es un acto contradictorio de querer incluir a través de un significante vacío que termina excluyendo. Es la paradoja constante a la que se enfrenta Colombia, y muchos otros

países, al intentar incluir dentro de su proyecto de nación a individuos que contradicen o se interponen a los ideales nacionales oficiales de desarrollo y de unidad de identidad cultural.

Las “Danzas de negros” es otra de las modalidades construidas en base a la diferencia racial. La raza negra se convierte en un componente indispensable de esta modalidad que conlleva a muchas de las construcciones sociales y los estereotipos relacionados con ella, como sus movimientos corporales bastante fuertes y eróticos. La no utilización o eufemización del término “negro” no parece tener carácter central en el Carnaval de Barranquilla. Por el contrario, se utiliza para nominar esta modalidad enfatizando el color de la piel, lo cual podría ser problemático en otros entornos como el político donde actualmente se disfrazo o encubre la connotación racial con otros términos como afro colombiano.

Lo importante con respecto a esta modalidad es entender que en este caso la raza funciona como un concepto que transmite connotaciones sociales y culturales. Alrededor del color de la piel se tejen una serie de estereotipos de carácter soez que corresponden a relaciones de poder y valores provenientes de siglos anteriores, de los cuales aún, hoy en día, no hemos podido escapar. La raza funciona todavía como una construcción social que establece diferencias con ese Otro, al cual incluso se le puede atribuir un estatus social basado en el color de su piel. Elizabeth Cunin dice que “En América Latina en general, la estratificación social se apoyó, a lo largo de la época colonial, en una estratificación racial: la coexistencia de dos modos de organización que jamás se superponen de manera perfecta, dio lugar a juegos identitarios, combinando la identidad social y la racial” (Identities a flor de piel). De esta estratificación social colonial

todavía quedan influencias que se observan en la manera de estratificar o clasificar los diversos grupos dentro del Carnaval de Barranquilla. La modalidad de las “Danzas de Negros” ejemplifica esta estratificación ya que en un mismo grupo se reúnen sujetos que tienen el mismo color de piel; como consecuencia de esto, son categorizados dentro de un determinado círculo social. A ellos se les atribuyen comportamientos estereotípicos que borran sus individualidades y diferencias. A todos se les agrupa dentro de una categoría teniendo en cuenta parámetros que corresponden a la visión que de ellos tienen otros grupos raciales, especialmente grupos raciales dominantes blancos.

Al igual que ocurre con los intentos de incluir a grupos raciales marginalizados, el Carnaval de Barranquilla es mostrado por sus dirigentes como un evento que abre espacio a sexualidades diferentes a la heterosexual. El objetivo es transmitir la idea de una sociedad en la cual se acepta la diferencia. Aunque hoy en día, el desfile de los defensores del homosexualismo ha pasado de la clandestinidad al espacio público y ha incrementado el número de participantes, esto no puede ser interpretado como una aceptación de la homosexualidad dentro de la sociedad patriarcal. La homosexualidad continúa siendo un asunto delicado y no completamente aceptado. La mayoría de los homosexuales o defensores del homosexualismo que aparecen en el Carnaval de Barranquilla esconden todavía sus rostros bajo máscaras por el temor de ser señalados como sujetos no deseables por el poder que impone al sujeto heterosexual como el individuo ideal para la sociedad. Esto constituye un caso de invisibilidad desde la visibilidad marcado por el temor aún latente de ser discriminado por la sociedad una vez se muestre el verdadero rostro detrás de la máscara. Es una acción paradójica de mostrarse pero a la vez de esconderse; de hacer pública una sexualidad marginalizada sin

revelar al sujeto que la practica. Es un mecanismo que permite el reclamo en público sin ser luego reconocido o señalado como un ente trasgresor de la norma. Tanto los indígenas, como los negros y los homosexuales muestran un sueño de nación diferente al oficial a través del cual persiguen una participación social activa y verdaderamente anti-discriminatoria.

Finalmente, como he estado intentando mostrar a través de algunos aspectos específicos del Carnaval de Barranquilla, el espacio del carnaval no puede ser visto como uno exclusivo de trasgresión y caos sin límite. El espacio del carnaval se convierte en un lugar de negociaciones y contradicciones producto de la participación de varios sujetos que conciben o sueñan con nacionalismos diferentes al impuesto por el Estado y que, por lo tanto, se resisten a un ideal totalizador.

Textos citados

- Bajtín, Mijail. La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais. Trad. por Julio Forcat y César Conroy. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Borrero García, Camilo. Multiculturalismo y derechos indígenas. Bogotá: CINEP, 2003.
- Cunin, Elisabeth. Identidades a flor de piel, lo negro entre apariencias y pertenencias: Categorías raciales y mestizaje en Cartagena. Bogotá: Arfo editores, 2003.
- Derechos de memoria, nación e independencia en América Latina. Hugo Achugar (Coordinador). Montevideo: FHCE, 2003.
- Gourgouris, Stathis. Dream Nation: Enlightenment, Colonization and Institution of Modern Greece. Stanford: Stanford U P, 1996
- Martín-Barbero, Jesús. De los medios a las mediaciones, comunicación, cultura y hegemonía. México: Gustavo Gili S.A., 1991
- Stam, Robert. Subversive Pleasures: Bakhtin, Cultural Criticism, and Film. Maryland: The Johns Hopkins University Press, 1989.